



Resérvame el vals

Zelda Fitzgerald

© Traducción y prólogo de María Mazzocchi

ISBN: 978-631-01-0772-1

Primera edición

Buenos Aires, 2025

Imagen de cubierta: Marla Zakai

Diseño de portada: Luana Sánchez

Colección Narrativa

Editorial Mar de Fondo

mardefondoediciones@gmail.com

Zelda Fitzgerald

RESÉRVAME EL VALS



mar de fondo



RESÉRVAME EL VALS



LA INFAME ZELDA

María Mazzocchi

Dado que su nombre se encuentra sepultado bajo el tupido entramado de anécdotas que han novelado su vida, algunas bastante confusas, otras contradictorias, y otras que probablemente ni siquiera tengan que ver con ella pero que se aceptaron sin oposición de ningún biógrafo; no encuentro mejor forma de abrirme paso a esta autora que no sea por medio de preguntas. De manera que avanzaré a partir de formulaciones que, lejos de afanarse en la verdad única —esa sentencia que mantiene al recuerdo bajo tierra (q. e. p. d.)— abran posibilidades en la difícil tarea que tienen los vivos de cavar espacios en la memoria. ¿Cómo podría concebirse la restitución de un nombre sin versiones alternativas que pongan en duda la «versión oficial»? ¿Pueden las palabras exhumar un cuerpo? Esa será la dirección para hablar del libro y su autora; la no-dirección, la digresión que permite extraviarse, poner en duda aseveraciones que contribuyan a desplazarla del tropo de bella y loca, y que sirva de aliento para continuar con la faena de desenterrar su cuerpo; restos que han permanecido por décadas en una fosa común junto con otros infames, ungidos de paciencia, a la espera de una vindicación que consigne su nombre en los registros oficiales de la historia.

Antes de iniciar la lectura de *Resérvame el vals* cabría preguntarse por el destino que esta novela hubiera corrido si su autora no hubiese sido asociada a la figura de su prominente marido, el escritor Francis Scott Fitzgerald. Con certeza nunca lo sabremos. Por algunas crónicas, cuentos y publicaciones aisladas en revistas

y periódicos de la época, es posible confirmar que Zelda Sayre logró que algunos editores la publicaran (con la condición de que firmara Scott como coautor), sin embargo no corrió mejor suerte que la mayoría de sus contemporáneas cuyos manuscritos se perdían mucho antes de que algún editor los leyera o, en el mejor de los casos, circulaban en ediciones de pocos ejemplares que apurados iban a parar a los anaqueles de la biblioteca del éter del profeta durmiente Edgard Cayce. Es decir a ninguna parte. Su nula trascendencia parece señalar una y otra vez que no basta con que una obra sea publicada para que llegue a leerse, más aún siendo mujer, más aún siendo la pareja de una celebridad literaria reacia a la figuración de otro nombre que no fuera el propio. Ni la genialidad, ni el apellido, ni los contactos fueron suficientes para abrir el espacio que un acontecimiento literario de esta magnitud merecía, por el contrario, operaron de manera separada y ambivalente hasta el final.

Entre las posibilidades que se abren a partir de esta primera interrogante, quisiera citar un pasaje extraído de esta novela autobiográfica, que aparece al comienzo y que podría indicar que los intereses literarios de Zelda se remontaban mucho más atrás de la llegada de Scott a su vida: a la niña que se desliza en puntillas por la habitación de su hermana mayor; la relación clandestina con los libros, lo prohibido, lo oscuro, la fórmula secreta de una libertad que acaso se obtiene por medio de argucias y peripecias:

Entre dos «Pensadores» de yeso, se extendía *La saga de los Forsyte*, *Huerto de granadas*, *Falló la luz*, *Cyrano De Bergerac* y una edición ilustrada de *Rubaiyat*. Alabama sabía que *El Decamerón* estaba escondido en el cajón superior del escritorio: ya había leído los pasajes escandalosos.

¿Cómo se abre paso a la literatura la joven lectora en un mundo de escritores? Su coterránea del sur de Estados Unidos, Flannery O'Connor, nacida dos décadas más tarde lo resolvería sin necesidad de casarse. Otra autora norteamericana, Ursula K. Le Guin, nacida tres décadas después de Zelda Sayre, publicaría al final de su vida, un ensayo que se tradujo al español como *Contar es escuchar* del inglés *The wave in the mind* en homenaje a Virginia Woolf: «Soy un hombre, y quiero que me crean. A fin de cuentas, la cosa es que no soy varonil. No en el sentido en el que Ernest Hemingway era varonil. La barba y las escopetas y las esposas y las oraciones cortitas. Tratar, trato. Pero fracasé porque aquí me tienen, vieja. Nací antes de que se inventaran las mujeres, he vivido los pasados decenios tratando de ser un buen hombre». ¿Sería posible relativizar entonces la voz del hombre de barba y escopetas que en sus escritos contribuyó a sepultar su imagen como la mujer que se interponía entre Scott y su escritura a partir de estas reflexiones? Quizás sí, quizás no. De todos modos no sería tan rebuscado pensar que, consciente de su condición de mujer, Zelda se hubiera quedado con el hombre que la acercara más a lo que podríamos designar como su llamado, su vocación. Por otra parte, ¿cuál era el horizonte que le esperaba a una mujer con ambiciones artísticas? ¿Qué oportunidades de desarrollo le ofrecía el entorno sureño que la rodeaba? En la voz de Alabama Beggs, el nombre de la protagonista se representa de manera bastante clara:

Es la más salvaje de los Beggs, pero es una pura sangre, decía la gente. Alabama sabía todo lo que se hablaba a sus espaldas: había tantos chicos que querían «protegerla» que no podía mantenerse ajena a ello, y se reclinaba en el columpio analizando su situación actual. «¡Pura sangre!», reflexionaba, «entonces nunca los defraudaré en

representar las escenas melodramáticas de la vida: doy un maldito espectáculo».

A partir de escenas cotidianas la autora es capaz de retratar con ironía una frustración endémica que se irá extendiendo a lo largo de la novela, reflexiones con respecto a la vida que transcurría mientras se columpia en porche de su casa-fortaleza, a la espera del soldado de turno que cada tarde burlará las barreras de seguridad impuestas por su padre para llevarla al club de baile. Ninguno era capaz de ofrecerle un camino distinto al que habían seguido las mujeres de su familia; todos sin excepción querían domesticarla como a un potro para asegurar una descendencia de linaje.

Era demasiado consciente de su propia insignificancia; de su vida escurriéndose como un húmedo fruto de junio que, cubierto de bichos, cuelga de la higuera sin otro propósito que agrupar moscas en su llaga abierta. La sequedad del pasto cortante se arrastraba imperceptiblemente como orugas rojizas alrededor de los nogales. Los racimos de uva se secaban al calor del otoño, pendiendo de parrones como cáscaras vacías de langosta que se queman enrolladas a los pilares de la casa. El sol caía sobre la superficie cubierta de hierba y se magullaba en los coagulados campos de algodón. Las tierras fértiles, que habían hecho crecer cosas en otras épocas, se extendían por las carreteras y se postraban bajo las plumas esparcidas de la esperanza rota. El cantar de los pájaros era disonante. Ni una mula en los campos ni un arriero en el camino podría haber soportado el calor que hacía entre los profundos surcos de arcilla y las hileras de cipreses

que separaban el cuartel de la ciudad: las partes íntimas morían de insolación.

La vida se escurre en la espera, dice la autora. ¿Qué podría entonces tener de extraño que en rechazo a su destino decidiera unirse al primero que tuviera otras aspiraciones, diferentes a la carrera militar que seguían los jóvenes de su época? Incumplir la ley paterna para librarse de un futuro sin horizonte incluía seguir al primero que declarara su ambición por convertirse en un reconocido escritor. Y si era necesario mentir, lo haría. Y si era necesario entregar sus diarios íntimos al hombre que aceptara sacarla de su realidad opresiva bajo la promesa de hacerse famoso, lo haría. Lo cierto es que Scott pudo publicar su novela *This side of paradise*, previamente rechazada por las editoriales, solo después de haberse cruzado con Zelda y, más precisamente, después de haber incorporado las cartas y los escritos que su mujer le facilitó para la reescritura del libro que lo llevó a la fama. Como si el contrato de matrimonio hubiese estipulado una cláusula que establecía que sería el varón quien debía hacerse acreedor del reconocimiento y, por cierto, el albacea del material biográfico de su vida marital.

Estar enamorada es simplemente una presentación de nuestros pasados a otro individuo; en su mayoría lastres, tan poco manejables que ya no podemos tirar de las cuerdas por nuestra cuenta. Buscar el amor es como apelar a un nuevo punto de partida, pensaba, otra oportunidad en la vida. Siendo muy precoz para su edad, se dijo: «Tan codiciosas son las expectativas humanas, que nadie busca compartir el futuro con otro».

Si la revelación de Zelda como escritora sorprendió a la escena cultural de la época, nadie debió sorprenderse realmente de que *Resérvame el vals* fuese el debut y la despedida de su carrera como novelista. Cuánto le habrá costado que escritores como Hemingway, amigo de su marido, la retrataran como una mujer obsesionada con Scott porque «vivía envidiosa de su talento», versión que por cierto se propagó en el cine y en la literatura contemporánea (reflejo de esto son algunos episodios de las películas *Medianoche en París* o *Manhattan*, de Woody Allen, o menciones dedicadas a la vida marital de la pareja en los *Diarios de Emilio Renzi*, de Ricardo Piglia, por citar un par de ejemplos); cuánto le habrá costado que el mismo Scott dijera «me casé con la musa de mis novelas». Aunque no resulte muy difícil imaginar la renuncia personal que pudo haber implicado para una persona ambiciosa y talentosa como ella vivir a la sombra de alguien ambicioso y talentoso como él, y cumplir (o incumplir), al mismo tiempo, las expectativas sociales que se le asignaban a la mujer de comienzos de siglo pasado, nunca sabremos a ciencia cierta cuál fue el precio que Zelda debió pagar, ni cuánto de los libros que glorificaron a su marido fueron también sus libros, o cuánto de esta frustración habrá incidido en el quiebre psicótico que sufrió en los últimos años de su matrimonio. No importa si se trata de arte o ciencia; romper con cualquier relación de dependencia, amo/esclavo, genio/musa, siempre supondrá para el que se somete, voluntaria o involuntariamente, un desgarró mayor que el que lo sometió. El genio podrá cambiar de musa —Picaso es un buen ejemplo—, sin embargo la musa, para poder dejar de serlo, ya sea porque se cansó o porque aspira a desarrollar una carrera propia, tendrá que sortear una serie de avatares como la pobreza, el anonimato o el escarnio público.

A diferencia de los registros que abundan en la llamada Historia Universal de la Literatura, —abundante de próceres recono-

cidos en tomos y tomos de estudios fechados y verificados por diversas fuentes—, en la historia no oficial sus protagonistas son mujeres y minorías sexuales que se conocen más bien de oídas y que a veces resuenan porque alguien dijo algo de ellas, a la pasada y a propósito de otra cosa. A esa parte de la historia —la menos documentada, la desposeída de versiones, la que no cuenta con memoria más allá de alguna biografía apócrifa—, a la que se asigna la fosa común destinada a enterrar varios cadáveres, es donde pertenece nuestra autora: la categoría de *infame*. Y digo «nuestra» porque necesito acogerla de alguna manera, porque cuando la acojo siento que no solo la acojo a ella; la acojo a ella, acojo a su madre, a la hija que quedó huérfana y a su descendencia. Concederme el lector esta fantasía, la ilusión de contribuir por medio de palabras, la reparación de su ausencia en los archivos de la historia. A falta de respuestas, seguiré con mis preguntas. ¿Qué tan distinta de su versión original sería *Resérvame el vals* si no hubiera pasado por el cedazo de Scott quien se apoderó del manuscrito tras recibir la llamada del editor a propósito de la novela que acababa de enviar Zelda con la ayuda de su psiquiatra directamente a Scribner, sin que él la leyera, vaya a saber con qué resguardo? ¿Qué tan distinta de su versión original sería *Suave es la noche* de Scott Fitzgerald de no haber contado con el manuscrito de *Resérvame el vals* del que extrajo partes para su libro porque contenía material autobiográfico de la pareja que era precisamente el núcleo de esta futura novela? Podría seguir, extenderme en preguntas que retomarían la cuestión de los diarios íntimos de Zelda y cómo el acceso a este material por parte de Scott influyó en la construcción de los personajes de sus obras más connotadas, pero ninguna de estas cuestiones pareciese poner en entredicho la versión oficial de la bella y la loca cernida durante décadas. Recordar a qué categoría de la historia pertenece *nuestra* autora. ¿Cuáles serían entonces

los antecedentes que sí podrían emitirse con certeza en torno a la figura autoral de Zelda Sayre? Básicamente dos.

Primero: la novela que el lector tiene en sus manos fue motivo de ruptura definitiva de la pareja que siguió por rumbos separados hasta el final. Scott se va a Los Ángeles a probar suerte como guionista y Zelda permanece internada en el hospital psiquiátrico donde comienza a escribir su novela por prescripción médica. Scott, alcohólico desde la época universitaria, sigue bebiendo. Ninguno de sus guiones le brinda el éxito que le otorgaron sus libros. Muere a los 44 años de un ataque al corazón. Ocho años más tarde, Zelda muere en un incendio que se produjo la noche del 10 de marzo de 1948 en una de las habitaciones del hospital donde se encontraba encerrada bajo llave en la sección de electrochoques. Se ha dicho que había comenzado a trabajar una segunda novela autobiográfica que abordaba la cuestión de la locura, sin embargo, si lo hizo, nunca llegaremos a leer nada al respecto porque todo se perdió en ese incendio.

Segundo: los tres mil ejemplares publicados en una edición económica en 1923 fueron ahogados por la reacción desfavorable de la crítica que desincentivó rápidamente el interés de la audiencia: «No es solo que sus editores no consideren adecuado frenar una exuberancia casi ridícula de la escritura, sino que no le han dado al libro los servicios elementales de un lector literario»¹. Algunas reseñas bibliográficas fueron más ambiguas, como la de William McFee, que decía: «En este libro, con toda su crudeza de concepción, sus despiadados robos de trucos técnicos y su patético esfuerzo por la profundidad filosófica, existe la promesa de una nueva y vigorosa personalidad en la ficción»². El crítico literario

¹ *New York Times*.

² *The New York Sun*.

norteamericano Malcolm Cowley diría al momento de publicarse, y con razón, que Zelda «tenía algo ahí que nadie había dicho antes». En efecto había algo nuevo. Sin embargo es impreciso afirmar que la autora decía algo que nadie había dicho, cuando la literatura está llena de ejemplos que muestran desde diferentes ángulos (casi siempre masculinos) la imposibilidad histórica que las mujeres han tenido para escapar de su destino o, dicho de manera más simple, de elegir. Lo nuevo en su texto no pasa por decir algo que no se había dicho nunca. Su apuesta de originalidad radica en la manera que eligió para decirlo, la demarcación exquisita para definir los límites de su lenguaje, dado principalmente por su capacidad de percibir cosas con una imaginación que supera a la de cualquiera y las concesiones literarias que devienen de estas ideas.

Lo cierto es que la escritura de Zelda Sayre está llena de hallazgos, principalmente por la forma de construir sus escenas; pasajes oníricos poblados de elementos del arte impresionista del siglo XIX, de referencias taxonómicas del reino vegetal o del excesivo uso de metáforas y representaciones alegóricas, que no hacen otra cosa que dar cuenta de su imaginación desbordante, repleta de recursos simbólicos y líricos, y que dotan a la lectura de una intensidad intelectual deslumbrante. Al igual que Charles Chaplin en *Tiempos modernos*, la protagonista avanza atrapada en diferentes engranajes: se ha enamorado. En lugar de la idealización y el temor a la pérdida, la autora rehúye del lugar común y articula una suerte de delirio basado en la morfología cerebral, que consiste en la fantasía de conquistar un dominio desconocido: la cabeza del hombre.

Se introdujo sigilosamente por la delicada curva del oído de David. Asomada hacia el túnel gris y fantasmal, descubriría con asombro los profundos recovecos de su cerebelo.

No había flor, ni crecimiento silvestre que obstaculizara esas sinuosas galerías: solo la elegancia esponjosa de su materia gris. «Quisiera alcanzar los surcos de su corteza frontal», se decía Alabama. Los montículos grumosos se alzaban húmedos por encima de la cabeza de la joven, que se dispuso entonces a continuar su camino siguiendo la línea de los pliegues. Muy pronto se perdió. Como un impenetrable laberinto, los surcos y las protuberancias se levantaban en medio de la pantanosa desolación; no había ninguna señal que le indicara qué camino seguir. A resbalones y tropiezos, finalmente llegó al bulbo raquídeo. Avanzaba en círculos a través de enormes y tortuosas hendiduras que la conducían al mismo punto de partida, una y otra vez. Comenzó a correr desesperadamente. David, distraído por un cosquilleo entre la nuca y la cabeza, separó sus labios de los de ella.

Existe una búsqueda por desmarcarse de la retórica convencional. El tono emocional que logra permite retratar tanto escenas de la vida cotidiana como vivencias íntimas, con un despojo marcado por la agudeza de sus reflexiones y la desafectación emocional con las que narra situaciones de pérdida, lo que provoca una intensa conmoción en la lectura. Ya en las primeras páginas el lector es advertido que lo que sigue a continuación es una maldición que recaerá tarde o temprano sobre sus personajes, sobre todo de la protagonista, una mujer de clase burguesa, atravesada por la tensión entre el deseo y el deber, la dicotomía entre el disfrute y la obediencia por temor a las consecuencias.

Por la noche, las estrellas quedaban atrapadas en la retícula de las copas de los pinos. *Whip-Poor-Will*, llamaban los

árboles del jardín; *uhú*, contestaban las cálidas sombras negras. Desde las ventanas de Les Rossignols, el anfiteatro de Fréjus se bañaba a la luz de la luna, que se inflamaba sobre la tierra como una botija llena.

Castigo-pobreza-voluntad/*whip-poor-will*, nombre onomatopéyico que personifica un pájaro nocturno con la renuncia humana porque anida a ras de la superficie, a riesgo de ser aplastado. Ha sido muy citado en la literatura norteamericana, en los cuentos de W. Faulkner y H. P. Lovecraft y en numerosas leyendas como *El jinete sin cabeza*, a manera de señal que presagia la muerte. *Uhú*, expresión afirmativa que se utiliza frecuentemente para ironizar o burlarse de algo. La cantidad de referencias que cifran su escritura advierten que nada se encuentra consignado al azar —procedimiento que despierta en el lector el deseo de averiguar por qué se menciona un libro o un tema musical en determinado momento, qué representaba para la época o qué problemas planteaba— y parecieran ser claves para comprender mejor la voz de esta mujer que, como su autora, se desvanece cuanto más cercana pensamos que estamos de aprehenderla.



RESÉRVAME EL VALS



PRIMERA PARTE



I

—Esas chicas —decía la gente— creen que pueden hacer lo que quieran y salirse con la suya.

Era el resultado de la sobreprotección de su padre, que era como una fortaleza viviente. La mayoría de las personas esculpe barreras de cara al compromiso, levantando impenetrables murallas frente las sensatas presentaciones sociales y elucubrando teorías como puentes levadizos que se retraen emocionalmente y fríen a los merodeadores en aceite de uva hirviendo. El juez Beggs se había atrincherado en su integridad cuando aún era un hombre joven, construyendo mazmorras y capillas con preceptos intelectuales. Como todos sus cercanos sabían, hasta ahora no había dejado ningún camino abierto próximo a su castillo, ni para el amigable pastor de cabras, ni para el amenazante terrateniente. Esa inaccesibilidad fue la sombra de su brillantez, la que le impidió convertirse, quizás, en una notable figura política. El hecho de que el Estado observara con indulgencia su superioridad absolvió a sus hijas de la temprana socialización, tan necesaria para la edificación de las fortalezas personales.

Un caballero perteneciente al círculo de esas generaciones que superaron la calamidad y la enfermedad basta y sobra para cumplir la elegía de asegurar su descendencia. Un hombre fuerte

puede soportar el peso de muchos, con tal de suministrar a su prole el compendio de filosofía, a modo de legarles un propósito de vida. Sin embargo, para cuando las hijas de Beggs habían aprendido a conocer las exigencias cambiantes de sus tiempos, la maldad ya colgaba sobre sus cabezas. Incapacitadas, se aferraron a las mazmorras feudales de su padre, atesorando su herencia espiritual, que podría haber sido mayor, si hubieran preparado un recipiente más apropiado.

Una amiga del colegio de Millie Beggs decía que nunca en su vida había visto crías con más problemas que esas niñas. Si lloraban porque querían algo, Millie se los suministraba usando sus poderes o llamaba al doctor para «subyugar las inclemencias de un mundo mal provisto para tales excepcionales criaturas». Austin Beggs, escasamente preparado por su propio padre, trabajaba día y noche en su despacho, pensando en cómo darles un mejor pasar a los miembros de su clan. Millie, por la fuerza y sin reparos, sacaba a las niñas de la cama a las tres de la mañana, sacudía sus sonajeros y les cantaba en voz baja para prevenir que los aullidos ensordecedores del Código Napoleónico, que salían de la cabeza de su marido, llegaran hasta los oídos de las pequeñas.

—Me construiré una fortaleza en la punta de un cerro rodeada de alambre de púas y bestias salvajes para librarme del rufián de Napoleón —solía decir en tono muy serio.

Austin amaba a las hijas de Millie con esa ternura desprendida y la introspección peculiar de los hombres importantes al confrontarse con una reliquia de su juventud, algún recuerdo de esos días, antes de que fuesen elegidos para ser instrumentos de su experiencia y no su resultado. Se entenderá lo que esto significa al escuchar la apacible *Primavera* de Beethoven. Austin quizás habría tenido una relación más cercana con su familia de no haberse muerto su único hijo en la más tierna infancia. A partir de aquella

decepción, el juez cambió brutalmente. Siendo la preocupación financiera la única que hombre y mujer pueden compartir a la par, él le achacó toda la responsabilidad a ella. Arrojándole la factura por el funeral del niño, lloró amargamente en su regazo:

—En el nombre de Dios, ¿cómo pretendes que pague por esto?

Millie, que nunca había tenido un sentido muy fuerte de la realidad, fue incapaz de conciliar la crueldad de aquel hombre con el carácter que ella conocía como justo y noble. Nunca más fue capaz de formarse un juicio sobre nadie, cambiando su realidad para ajustarla a las contradicciones de otros, hasta alcanzar, por su obsesión a la lealtad, una armonía casi santa en su vida.

—Si mis hijas se portan mal, eso es algo que no me consta —le contestaba a su amiga.

La suma de sus periplos por las contradicciones de la psique humana le enseñó un truco de autodefensa que la sacaría adelante cuando nació su última hija, Alabama. Mientras Austin descargaba en ella su furia por los estancamientos de la civilización, esparciendo sus desilusiones y nulas esperanzas de que se resolvieran sus problemas económicos; ella cambiaba automáticamente su resentimiento por la fiebre de Joan o el tobillo torcido de Dixie, moviéndose a través de las amarguras de la vida con la sentida aflicción de un coro griego. Enfrentada a la precariedad de su realidad, asumió estoicamente un optimismo que la hizo inmune a las aflicciones que la persiguieron hasta el final.

La familia empollaba a las chicas en el rancio y estigmatizado regazo de las nodrizas negras. A medida que las convicciones del juez maduraban, éste pasó de ser la viva personificación del centavo extra, del paseo en tranvía por los prados de picnic para blancos, de una cajita con caramelos de menta, a convertirse en un órgano represor, un destino inexorable, la fuerza de la ley, del orden y de la disciplina establecida. Madurez y juventud: un sistema

hidráulico; la madurez, cada vez con menos agua de convicción en su cabina, insiste en nivelar el lastre de la juventud. Así pues, las chicas crecieron imbuidas en los atributos de la belleza, buscando en su madre un refugio ante la exposición de sus jóvenes y femeninos años, como si hubiesen podido encontrar en ella una sombra capaz de protegerlas de la luz enceguecedora.

El columpio cruje en la terraza de Austin; un escarabajo luminoso se balancea ferozmente sobre la clemátide; un enjambre de insectos, atrapados por el holocausto de la luz dorada del pasillo. Sombras pincelan la húmeda noche sureña, como una mopa empapada que se remoja en el olvido y de vuelta al oscuro calor de donde proviene. Las melancólicas campanillas trepan formando tupidos macizos sobre los enrejados.

—Cuéntame cómo era de pequeña —insistía la hija menor, aferrada al cuello de su madre en un esfuerzo por confirmar el vínculo.

—Eras una niña muy buena.

Al haber irrumpido tan tarde en las vidas de sus padres, la joven crecía sin ninguna conciencia de sí misma. El contacto con la realidad se había dissociado a partir de una infancia más hipotética que real. Ella quiere que le cuenten cómo es, siendo demasiado joven para comprender que no hay nadie como ella y que se llenará su esqueleto con lo que defina, como un general que libra una batalla, siguiendo los avances y retrocesos de sus tropas para marcar los territorios conquistados con brillantes pines de colores. No sabe que los esfuerzos que realiza se volverán en su contra. Será mucho más tarde cuando la niña, Alabama, se dé cuenta de que los huesos de su padre solo podrían indicarle sus propias derrotas.

—¿Era verdad que por las noches yo lloraba tanto que papá y tú deseaban que muriera?

—¡Qué ocurrencia! Todos mis hijos fueron niños muy dulces.

—¿Y los de la abuela también?

—Supongo que sí.

—Entonces, ¿por qué echó de la casa a tío Cal cuando regresó de la Guerra Civil?

—Tu abuela era una anciana muy extraña.

—¿Tío Cal también?

—Así es. Cuando Cal regresó a casa, la abuela le envió un mensaje a Florence Feather preguntándole si estaba esperando a que se muriera para casarse con su hijo. Quería que Florence supiera que los Beggs eran una familia de alcurnia.

—¿Y era verdad que eran ricos?

—No era cuestión de dinero. Florence respondió que nadie, excepto el diablo, podría vivir con la madre de Cal.

—Entonces, ¿Cal nunca se casó?

—Las abuelas siempre encuentran la manera.

La madre ríe. La risa de un especulador que relata anécdotas de negocios importantes y justifica así su avaricia; la risa de la familia triunfante, a costa de otra familia triunfante en el eterno negocio de la conquista.

—Si yo hubiera sido el tío Cal no lo hubiera permitido —proclamaba la chica con rebeldía—. Hubiera hecho lo que hubiese querido con la señorita Feather.

El sonido profundo de la voz del padre subyugó la oscuridad, silenciándola con el mandato de irse a la cama.

—¿Por qué repites esas cosas? —sentenció.

Cerrando los postigos, encajona los atributos especiales de su casa: las cortinas filtran los rayos del sol provenientes del exterior hasta que los pliegues se cierran como una tela floreada que recubre un impenetrable jardín. Anochece sin sombras o distorsiones en sus habitaciones, dejándoles intacta la gris y difusa realidad. Invierno y primavera, la casa es como un hermoso y brillante es-

pacio pintado sobre un espejo. Si las sillas se caen a pedazos y las plantas crecen llenas de agujeros, no oscurecen la brillantez de ese cuadro. Gracias a la integridad de Austin Beggs la casa es un vacío. Como una brillante espada que descansa por las noches enfundada en su desgastada nobleza.

El techo de lata cruje con el calor; al interior, el aire se guarda como el aliento de un tanque blindado. No hay ninguna luz en la ventanilla de la puerta de entrada que ilumine la escalera al segundo piso.

—¿Dónde está Dixie? —pregunta el padre.

—Afuera, con amigos.

Ante la evasiva respuesta de la madre, la pequeña observaba atentamente la escena, sintiéndose parte importante de los asuntos familiares. «Cosas nos suceden», piensa. «Qué cosa más interesante es esto de ser una familia».

—Millie —dice su padre—, si Dixie anda otra vez recorriendo la ciudad con Randolph McIntosh, se tendrá que ir de mi casa para siempre.

La cabeza espumosa del juez se agitaba con rabia; la indignada decencia le sacudía las gafas de su nariz. La madre caminaba tranquilamente sobre la tibia alfombra de su cuarto, y la pequeña se recostaba en la oscuridad, hinchada de orgullo por seguir obedientemente los códigos del clan. Su padre bajó en camisa de dormir a lamentarse.

El olor a peras maduras flotaba desde la arboleda del otro lado del camino hasta la cama de la pequeña. A lo lejos, una banda musical ensayaba vales. Cosas brillan en la oscuridad: flores blancas y adoquines. La luna se deslizaba sobre los cristales de las ventanas hacia el jardín y se bamboleaba con la exhalación poderosa de la tierra, como una pelota plateada. El mundo era más joven de lo que es, y ella se sentía tan vieja y tan sabia, analizando y afrontan-

do sus problemas como si se trataran de asuntos propios y no de herencias ancestrales. Hay un brillo y un renacer sobre las cosas; constataba la vida con orgullo, como si caminara en un jardín forzado por ella misma a crecer en el menos propicio de los suelos. Despreciaba el trabajo de la siembra, convencida de que por obra de magia un agricultor podía hacer crecer flores perfumadas de las rocas y cosechar vino a partir de desechos estériles. Sembrar el aliento del crepúsculo y comprar con caléndulas: ella quiere una vida fácil y llena de recuerdos placenteros.

Suspendida en la ensoñación, pensaba románticamente en el novio de su hermana; los cabellos de Randolph eran como cuernos de la abundancia, derramando esos globos de luz que formaban su cara. Pensaba que la confusión nocturna de sus sentimientos era el resultado de tanta belleza. Pensaba en Dixie con una identificación exacerbada, como si fuera una parte adulta disociada de sí por el paso de los años; como un brazo quemado por el sol que no se reconoce como propio, inconsciente de su exposición al daño. En secreto, se apropiaba de la historia de amor de su hermana. El bajar la guardia la adormecía, alcanzando la suspensión de sí misma con la irrupción de sus amansados sueños. Así se dormía. La luna acunaba dulcemente su rostro bronceado. Envejecería durmiendo, y algún día se despertaría para descubrir que las plantas de los jardines alpinos eran en realidad cosas fungosas sin mucho sustento, y que los estambres blancos que perfuman la medianoche, no son más que brotes germinados que nunca llegan a florecer del todo, y, ya vieja, recorrería con amargura los caminos geométricos del jardín filosófico de Le Nôtre, en lugar de los nebulosos senderos de peras y caléndulas de su infancia.

Alabama nunca podía precisar qué era lo que despertaba sus mañanas mientras miraba fijamente, consciente de la ausencia de expresión que le apagaba el rostro como una toalla de baño mo-

jada. Se ponía en marcha por su cuenta. Los ojos atentos de un animal salvaje se asomaban en la trampa tendida con suspicacia desde la tensa red de sus rasgos; el cabello amarillo limón le caía por la espalda. Se ponía el uniforme escolar con movimientos decididos, inclinándose para examinar su postura corporal. El reloj despertador sobre el todavía sofocante sur, caía parejo como el sonido de una boya en la vasta superficie del mar. Entraba en puntillas a la habitación de Dixie y se espolvoreaba la cara con el colorete de su hermana.

Cuando la gente decía: «Alabama, tienes colorete en la cara». Ella simplemente respondía: «Estuve frotándola con el cepillo de uñas».

Dixie era una persona muy codiciada por su hermana menor, su habitación estaba llena de tesoros y cosas de seda se extendían por doquier. Sobre la repisa, una estatuilla de los Tres Monos escondía los fósforos para fumar. Entre dos «Pensadores» de yeso, se extendía *La saga de los Forsyte*, *Huerto de granadas*, *Falló la luz*, *Cyrano De Bergerac* y una edición ilustrada de *Rubaiyat*. Alabama sabía que *El Decamerón* estaba escondido en el cajón superior del escritorio: ya había leído los pasajes escandalosos. Por encima de los libros, una chica Gibson punzaba a un hombre con un enorme alfiler a través de una lupa; una pareja de ositos de peluche se deleitaba arrellanada sobre un pequeño columpio blanco. Dixie poseía un sombrero de color rosa, un brillante broche de amatista y un par de rizadores eléctricos. Tenía veinticinco años. Alabama tendría catorce, a las dos de la mañana del catorce de julio. La otra hermana Beggs, Joan, tenía veintitrés. Joan se mantenía al margen; era tan disciplinada que, de todos modos, apenas se hacía notar cuando estaba en casa.

Alabama solía deslizarse por las barandillas con expectación. A veces soñaba que se caía por el pozo de la escalera y era salvada

por el mástil de la baranda que hacía de freno, aterrizaba a horcadas, como teatralizando las emociones de su ensueño.

Dixie ya se había sentado a la mesa, apartada del mundo en secreta resistencia. De tanto llorar tenía la barbilla roja, y rojas también eran las ronchas que sobresalían de su frente. Su rostro brotaba por debajo de la piel, primero en un lugar y luego en otro, como agua que hierve en una olla.

—Para qué me trajeron a este mundo —sollozaba.

—Austin, recuerda que ella es una mujer adulta.

—Ese tipo es un sinvergüenza. Ni siquiera está divorciado.

—Soy dueña de mi vida y haré lo que me plazca.

—Millie, no quiero ver a ese hombre en mi casa nunca más.

Alabama permaneció muy quieta, anticipando una espectacular protesta contra la interrupción de su padre en el curso del romance. Sin embargo, nada ocurrió, nada más que la inmovilidad de la niña.

El sol en las plateadas frondas de los helechos y la plateada jarra de agua; los pasos del juez Beggs sobre las baldosas azules y blancas que se alejaban rumbo a su oficina, marcaban la medida justa; tanto tiempo, tanto espacio, y nada más. Ella escuchaba la parada del tranvía bajo los árboles de Catalpa en la esquina y el juez se iba. Sin su presencia, la luz sacudía los helechos con un ritmo menos riguroso; pues su casa colgaba del llavero de la compañía de seguros.

Alabama veía la enredadera de trompeta que trepaba por la cerca trasera como collares de cuentas de coral enrollando un mástil. La sombra de la mañana bajo el canelo tenía la misma particularidad que la luz: frágil y arrogante.

—Mamá, no quiero ir más a la escuela —dijo pensativa.

—¿Y eso?

—Creo que ya lo sé todo.

Su madre la miró de reojo con un desconcierto ligeramente hostil; la niña, pensándolo mejor, volvió al rescate de su hermana.

—¿Qué sucederá con Dixie?

—¡Shhh! No preocupes a esa preciosa cabecita tuya hasta que tengas edad suficiente.

—Si yo fuera Dixie, no le haría caso. Me gusta «Dolph».

—No es fácil obtener todo lo que queremos en este mundo. Vamos, date prisa. Llegarás tarde a la escuela.

La sala de clases, abochornada por el calor de mejillas palpitantes, se abría desde los grandes ventanales cuadrados para anclarse a una deprimente litografía de la firma de la Declaración de la Independencia. Lentos días de junio se amontonaban en un punto de luz sobre la lejana pizarra. Las partículas blancas de tiza de los borradores desgastados se esparcían en el aire. Cabellos, tejidos invernales y tinteros reprimían el suave inicio estival, cavando túneles blancos bajo los árboles de la calle y catapultando las ventanas con el calor dulce y melancólico. Los cánticos negros circulaban como zumbidos lastimeros a través de la calma.

—*Tomate'*, señoras, *tomate' mauros*. Verdes, coles verdes.

Los muchachos llevaban largas medias negras de invierno, verdes al sol.

Alabama escribió «Randolph McIntosh», bajo «Un debate en la Asamblea de Atenas». Encerró en un círculo la frase «y todos los hombres fueron asesinados, mientras que las mujeres y los niños se vendieron como esclavos», le pintó los labios a Alcibíades y le dibujó una melena a la usanza. Tras esa metamorfosis, cerró la *Historia antigua* de Myer. Su mente se perdía en divagaciones. ¿Cómo fue que Dixie se hizo una mujer tan encantadora y siempre dispuesta para toda ocasión? Alabama pensaba que nunca reuniría al mismo tiempo todos los atributos de su hermana, nunca sería capaz de alcanzar ese nivel de perfección.

Dixie, ante los ojos de la niña, parecía ser el instrumento ideal para la vida.

Dixie era la editora de la sección de sociedad en el periódico de la ciudad. El teléfono no paraba de sonar —desde que regresaba de la oficina a la casa, hasta la noche antes de la cena—, y su voz resonaba coqueta y afectada, con la voz al otro lado del teléfono.

—No puedo hablarte ahora...

Y seguía un lento gorgoteo como agua que corre en una bañera.

—Ya te lo contaré cuando te vea. No, no puedo hablarte ahora.

El juez Beggs yacía sobre su austera cama de hierro, clasificando los expedientes de las tardes amarillentas. Los volúmenes de la *Historia de la Ley Británica* y los *Comentarios de Casos*, empastados en cuero, cubrían su cuerpo como hojas de otoño. El teléfono sacudía su concentración.

Sabía perfectamente cuando era Randolph al otro lado del aparato. Después de media hora, salía al recibidor echando pestes, para irrumpir con su voz temblando de rabia:

—Y si no puedes hablar, ¿por qué demonios continuas esta conversación?

El juez Beggs agarró bruscamente el auricular y procedió con la cruel precisión de las manos de un forense durante una autopsia:

—Te agradeceré que nunca más vuelvas a ver o a llamar por teléfono a mi hija.

Dixie se encerró en su habitación y se negó a salir o a probar bocado durante dos días. Alabama disfrutaba del papel que le había tocado representar en todo este revuelo.

—Quiero que Alabama baile conmigo en el Baile de la Belleza —había dicho Randolph por teléfono.

Las lágrimas de las niñas apelaron infaliblemente a su madre.

—¿Por qué molestan a su padre si pueden hacer sus arreglos por fuera? —les dijo con ánimo apaciguador.

La abierta e ilegal complicidad de su madre se alimentaba de tantos años de vivir enfrentada a la lógica irrefutable de la severa condena del juez. Con una existencia donde la complacencia femenina no jugaba ningún papel contraproducente para su maternidad, Millie Beggs, a la edad de cuarenta y cinco años, se había convertido en una anarquista emocional. Era la manera de probarse a sí misma su secreta necesidad de sobrevivencia. Sus inconsistencias parecían corroborar la soberanía sobre aquel plan que ella tanto había deseado: Austin no podría haber muerto ni enfermado con tres hijas, y sin dinero, y una elección el próximo otoño, y su seguro, y una vida acorde a la ley; en cambio, Millie, por ser un hilo menos unido en el patrón, sentía que sí podía haberlo hecho.

Por consejo de su madre, Alabama envió la carta que Dixie escribió, para coordinar un encuentro entre las dos hermanas con Randolph en el Café Tip-Top. Nadando a través del torbellino de apasionada convicción adolescente, desconfiaba de manera innata de lo que «realmente» había entre él y su hermana.

Randolph era reportero del periódico de Dixie. Tenía una hija pequeña de la que se ocupaba su madre en una casa descolorida, en un pueblo rural cercano a los cañaverales. Las curvas y los ojos se movían por el rostro sin el mínimo control de su expresión facial, como si su espléndida apariencia física fuera su mayor logro. Dirigía clases nocturnas de baile para las que Dixie conseguía a la mayoría de sus alumnas; al igual que sus corbatas, y todo lo que precisara.

—Cariño, debes poner tu cuchillo en tu plato cuando no lo estés usando —le decía Dixie, vertiendo la personalidad de su amado en el molde de la sociedad.

Era imposible decir a ciencia cierta si él la escuchaba o no, porque siempre parecía estar atento a otra cosa, tal vez a alguna serenata elfina o algún nombramiento fantástico por obra de su posición social dentro del sistema solar.

—Yo quiero un tomate relleno, y papas gratinadas, y una mazorca, y panecillos, y helado de chocolate —interrumpió Alabama con impaciencia.

—¡Dios mío! —exclamó Randolph—. Bueno, vamos a representar el *Ballet de Las Horas*, Alabama. Yo llevaré medias de arlequín y tú usarás un tutú de bailarina con un sombrero de tres puntas. ¿Serás capaz de preparar un baile en tres semanas?

—Por supuesto que sí. Aprendí algunos pasos en el carnaval del año pasado. Más o menos así, ¿lo ves? —Alabama daba pasos con sus dedos, uno sobre el otro, inextricablemente. Manteniendo un dedo firmemente presionado sobre la mesa para marcar el lugar, desenrollaba las manos y comenzaba de nuevo:

—Y después sigue así, y termina con un ¡brup!

Randolph y Dixie la contemplaban con suspicacia.

—Está muy bien —dijo Dixie vacilante, aunque animada por el entusiasmo de su hermana.

—Tú puedes hacer los trajes —dijo Alabama para terminar, brillando con el glamour que le pertenecía.

Malandrina de un entusiasmo vagabundo, apilaba el botín de lo que tenía a mano: sus hermanas y sus novios; actuaciones y atavíos. Todo asumía las características de la improvisación con el constante vaivén de la niña.

Cada tarde, Alabama y Randolph ensayaban en el viejo auditorio hasta que se oscurecía y los árboles del exterior parecían brillantes y húmedos, como si hubiera llovido. Desde ese preciso lugar, el primer regimiento de Alabama había partido a la Guerra Civil. El suelo estaba lleno de agujeros y el estrecho balcón se

hundía sobre los pilares de hierro. Las escaleras inclinadas conducían a los mercados de la ciudad: jaulas de gallinas americanas, pescados, aserrín helado de la carnicería, brillantes zapatos para negros y un corredor lleno de abrigos del ejército. Embargada de emoción, la niña vivía, por el momento, en un mundo ilusorio de grandes mentiras.

—Alabama ha heredado la maravillosa tez de su madre —comentaban las autoridades, observándola mientras su figura daba vueltas.

—Me lavé las mejillas con un cepillo de uñas —les gritaba de vuelta desde el escenario, no muy atinada en sus contestaciones.

—La niña tiene talento —decían—, debe ser cultivado.

—Lo inventé yo misma —les respondía, tampoco muy fiel a la verdad.

Cuando cayeron las cortinas sobre el escenario al finalizar el ballet, sintió los aplausos como un estruendoso rugido. El gobernador dirigía la gran orquesta compuesta por dos bandas que animaban la pista. Después del espectáculo, Alabama se detuvo en el oscuro pasillo que conducía al camerino.

—Se me olvidó una vez —susurró expectante.

La fiebre del espectáculo todavía continuaba afuera.

—Estuviste perfecta —rio Randolph.

La chica se colgaba de sus palabras como un vestido esperando ser probado. Randolph la abrazó con suavidad y rozó sus labios con los de ella, como un marinero queriendo alcanzar los horizontes del mar por diferentes rutas. Y ella se vistió esa prenda que la marcaba como un objeto de deseo: se la dejaría puesta en su rostro durante días, resplandeciendo cada vez que se emocionara.

—Ya eres una mujer, ¿verdad? —le preguntó.

Alabama no se concedió el permiso de reparar en aquella pregunta tan capciosa, pensando a espaldas de él en esas zonas de su

propio cuerpo que, activadas por el beso, ya podían considerarse las de una mujer adulta. Detenerse allí hubiese sido traspasar el límite de su propio confesionario. Le dio miedo; pensó que su corazón era una persona caminando. Y lo era. Eran todos caminando a la vez. Finalizaba el espectáculo.

—Alabama, ¿por qué no subes a la pista de baile?

—Me da miedo. Nunca he bailado.

—Te daré un dólar si bailas con un joven que te está esperando.

—Está bien, pero ¿y si me caigo o se tropieza?

Randolph la presentó. Se llevaron bastante bien, hasta que el hombre la sacó a un lado de la pista.

—Eres tan hermosa —le dijo su compañero—. Pensé que debías ser extranjera.

Ella le dijo que podía venir a visitarla en alguna ocasión, lo mismo que a una docena de otros hombres; prometió ir al Club de Campo con un pelirrojo que se deslizó sobre la pista de baile como si estuviera descremando leche. Alabama nunca se había imaginado antes cómo sería tener una cita. Le preocupaba que el maquillaje se le saliera del rostro con el lavado del día siguiente. Contaba solo con el pote de colorete de Dixie para afrontar enmascarada todos los compromisos que había contraído esa noche.

Golpeando su café con el diario doblado, el juez leía *La fiesta de la belleza* en el periódico de la mañana. «La talentosa señorita Dixie Beggs, hija mayor de Austin Beggs, el juez de esta ciudad», decía el matutino, «contribuyó enormemente al éxito de la ocasión, actuando como manager de su talentosa hermana, la señorita Alabama Beggs, asistida por el Sr. Randolph McIntosh. El baile deslumbró a todos con su belleza y su brillante ejecución».

—Si Dixie cree que puede introducir en mi familia los modales de una prostituta, dejará de ser mi hija. ¡Destacadas en la pren-

sa con esta excusa! Mis hijas deben respetar mi nombre porque es todo lo que tendrán en el mundo —explotó el juez.

Eso era lo peor que Alabama le había oído decir hasta ese momento. Despojado por su neurosis de la esperanza de establecer vínculos con sus semejantes, el juez vivía aislado, resignándose a una comunicación cordial con sus asociados, y sin mayor expectativa que la de recibir, a cambio, un trato justo.

Entonces, Randolph, se apersonó aquella tarde para despedirse.

La mecedora crujía, las flores Dorothy Perkins se veían polvorientas bajo el sol. Alabama se sentó en los escalones para regar el césped con una manguera caliente de goma. La boquilla se filtraba tristemente sobre su vestido. Estaba acongojada por Randolph; había estado esperado en secreto que se presentara la ocasión para besarlo nuevamente. De todos modos, se prometió que conservaría el recuerdo de aquella vez para siempre.

Los ojos de su hermana seguían las manos de aquel hombre como si esperara que el camino de sus dedos la llevase hacia los confines de la tierra.

—Tal vez regreses cuando te hayas divorciado —Alabama escuchó a Dixie decirle con voz quebrada.

La severa mirada de Randolph se descargaba contra las rosas. Su voz característica se pronunció fría y distante:

—Dixie —le dijo—, me enseñaste cómo usar el cuchillo y el tenedor, cómo bailar y elegir mis trajes. Ni abandonando a mi Dios volvería a la casa de tu padre. Nada es lo suficientemente bueno para él.

Efectivamente, nunca lo hizo. Alabama sabía muy bien que siempre que su misericordia se mencionaba en las conversaciones, algo malo sucedería. El sabor de su primer beso se había marchado para siempre junto con la esperanza de que se repitiera.

El brillante esmalte en las uñas de Dixie se tornó amarillo y la mugre de abandono se hacía notar a través del rojo. Renunció a su empleo en el periódico y se fue a trabajar a un banco. Alabama heredó el sombrero rosa y alguien pisó el brillante broche de amatista. Cuando Joan regresó a casa, la habitación que compartían estaba tan desordenada que se mudó al cuarto de Alabama. Dixie atesoraba su dinero; las únicas cosas que compró ese año fueron unas porcelanas de las tres virtudes de *La primavera*³ y una tarjeta postal alemana de la serie ilustrada *September Morn*.

Dixie cubrió los cristales de la ventanilla sobre la puerta con un pliego de cartón para evitar así que su padre supiera que seguía en pie después de la medianoche. Las chicas iban y venían: cuando Laura se quedó alojada la primera noche, la familia tuvo miedo de contraer la tuberculosis; Paula, dorada y refulgente, tenía un padre acusado de cometer un crimen; Marshall era hermosa y maliciosa, pero con muchos enemigos y una mala reputación; y cuando Jessie vino de visita desde Nueva York, llevó sus medias a la tintorería. Había algo de inmoral en todo eso para Austin Beggs.

—No entiendo por qué mi hija tiene que sacar a sus amigas de la escoria de la tierra.

—Dependiendo de la forma en que lo mires —reconvenía Millie—, la escoria puede ser una valiosa garantía.

Las amigas de Dixie se leían en voz alta. Alabama se sentaba en la pequeña mecedora blanca y las escuchaba, imitando su elegancia y catalogando sus risas: unas más traviesas y otras más discretas.

—Ella no lo entenderá —cuchicheaban, mirando a la niña con sus amenazantes ojos anglosajones.

³ *Pintura Alegoría de la primavera*, de Sandro Botticelli.

—¿Entender qué? —decía Alabama.

El invierno se ahogaba en un sollozo de chicas. Dixie lloraba cada vez que un hombre la convencía de aceptar una cita. Al llegar la primavera, se corrió la voz de la muerte de Randolph.

—¡Odio estar viva! —gritaba histérica—. ¡Lo odio, lo odio, lo odio! Podría haberme casado con él y esto jamás hubiera sucedido.

—Millie, llama al doctor urgentemente.

—Nada de qué preocuparse —decía el médico—, solo es un ataque de nervios.

—No puedo soportar más estas tonterías —exclamaba Austin.

Cuando Dixie estuvo mejor, se mudó a trabajar a Nueva York. Lloró cuando se despidió de todos y partió, llevándose en su mano un ramillete de besos. Compartió una habitación con Jessie en la avenida Madison y localizó a todas las chicas que, como ella, estaban allí a la deriva. Jessie le consiguió un empleo en la misma compañía de seguros donde ella trabajaba.

—Quiero ir a Nueva York, mamá —decía Alabama mientras leían las cartas de Dixie.

—¿Y se puede saber por qué?

—Quisiera ser mi propio jefe.

Millie se echó a reír:

—¿Y por qué no ser jefe en tu propia casa?

En tres meses, Dixie se casó con un hombre del estado de Alabama. Lloró amargamente cuando regresaron en un viaje de visita, como si lamentara que el resto de la familia tuviera que seguir viviendo en aquella casa. Cambió los muebles de la vieja vivienda y compró un aparador para el comedor. Le regaló una Kodak a Alabama y se fotografiaron juntas tomadas de la mano debajo de los nogales floridos en los primeros escalones del Capitolio. Dijo que quería que Millie le hiciera una colcha de retazos, que planta-

ra un jardín de rosas alrededor de la vieja casa y que Alabama no se pintarrajea tanto la cara, que era demasiado joven y que en Nueva York las chicas preferían la belleza natural.

—Pero yo no estoy en Nueva York —replicaba Alabama—. Y cuando vaya, haré lo que yo quiera.

Entonces Dixie y su esposo se marcharon otra vez, lejos de la depresión sureña.

El día que su hermana se fue, Alabama se sentó en el porche trasero mirando a su madre cortar los tomates para el almuerzo.

—Me gusta cortar las cebollas una hora antes —decía Millie—, y luego los tomates para que la ensalada quede con el sabor perfecto.

—Sí, mami. ¿Puedo comerme ese tomate verde?

—¿No prefieres uno maduro?

—No, no. Me encanta que estén verdes.

La madre atendía su huerto como una castellana frente a un campesino necesitado. Había una especie de relación aristocrática entre ella y los tomates, que dependía de que la señora Millie los convirtiera en una ensalada. Los párpados que cubrían los ojos azules de la mujer apenas levantaban la mirada, mientras sus dulces manos socorrían el vacío de la pérdida. Su hija se había ido para siempre. Aún había algo de Dixie en Alabama: el temperamento. Buscaba en la cara de la niña las semejanzas familiares. Y Joan volvería a casa pronto.

—Mami, querías mucho a Dixie, ¿verdad?

—Por supuesto. Y todavía la quiero.

—Pero ella era tan problemática.

—Ella siempre estuvo enamorada.

—¿La querías más que a mí?

—A las dos las quiero por igual.

—También seré problemática si no puedo hacer lo que me plazca.

—Todas las personas lo son, por una u otra cosa. No debemos dejar que eso nos influya.

—Sí, mami.

Las granadas maduraron fuera del enrejado, colgando de las oscuras ramas en un diseño exótico. Las bolas de bronce del triste magnolio al final del sendero chorreando lavandas, formaban, en conjunto, un tocado de tarlatán. Los ciruelos japoneses explotaban como pesadas bolsas de verano sobre el techo del gallinero.

¡Clock, *clock*, clock, *clock*...!

—Esa vieja gallina debe estar empollando de nuevo.

—Tal vez ha atrapado un escarabajo de junio.

—Los higos todavía no están maduros.

Una madre llamó a sus hijos desde una casa al otro lado del camino. Las palomas se arrullaron en el roble del patio de enfrente. Los rítmicos golpes de un mazo ablandando una carne, provenientes de la cocina de un vecino.

—Mami, no entiendo por qué Dixie tuvo que ir hasta Nueva York para terminar casándose con un sureño.

—Es un hombre muy agradable.

—Si fuera Dixie nunca me habría casado con él. Yo me hubiera casado con un neoyorquino.

—¿Y eso por qué? —preguntó Millie con curiosidad.

—Mmm, no lo sé.

—¿Sería más interesante, tal vez? —se burló Millie.

—Sí, supongo que así sería.

A lo lejos, un tranvía detuvo sus rieles oxidados.

—¿No es que se detiene ese tranvía? Apuesto a que es tu padre.